

Ella palideció, brotaron dos gruesas lágrimas que vinieron á caer sobre la labor que tenía en las manos, y le miró con una expresión de tan desconsolada tristeza que él se lanzó para cogerle la cabeza y besar su frente. El ruido de pasos en el patio le detuvo. Se volvió entonces á mirar hacia el ángulo de la izquierda de la puerta, tomó con ambas manos las muletas, las besó dos veces y volvió á dejarlas.

La muchacha dobló la cabeza entre las manos y rompió en llanto. Y él huyó, perseguido por los desesperados estallidos de sus sollozos.

EL ULTIMO AMIGO

BOCETO

EL ÚLTIMO AMIGO

BOCETO

—Ven. Aquí me tienes á tu disposición tendido en la poltrona. Ven á descabezar el sueño sobre mis rodillas, como todos los días.

¿Hubiera soñado hace un año, que había de adquirir la costumbre de echarme la siesta con un perro? Porque precisamente en estos días se cumple el año en que mi

hijo lo trajo á casa envuelto en medio periódico como si fuera un pichón asado y lo puso sobre el suelo, haciéndome sonreír por vez primera, después de mucho tiempo, con su postura de rana, tambaleándose sobre las patas delanteras abiertas, blanco y redondo como una bola de algodón. Pobre Dick! Arrebatado á su madre y á sus hermanos, apenas le destetaron, y traído á esta casa entristecida por la desgracia, pareció comprender enseguida por qué le habían cogido y qué es lo que esperaban de él. Ni se asustó al verse en una casa extraña, ni se quejó de su soledad; respondió en el acto á nuestras caricias con demostraciones de afecto, haciéndonos presentir desde el primer instante que llegaría á ser para nosotros no sólo una agradable distracción, sino una compañía y un consuelo; y que, con el tiempo, por más cuidados que nos tomáramos con él, si se hiciera un balance de la deuda de gratitud recíproca, él había de ser el acreedor. Sí, querido Dick; tú no

eres para nosotros un perro: eres un amigo. Y eres precisamente el que se requería para nuestra casa: un amigo que no habla, que no ríe. No me hagas caso; hablo sólo para mis adentros; duerme pues.

Entre tantas deudas de gratitud, tengo también ésta con él, á saber: que me ha hecho enmendar una injusticia. Yo era injusto con su raza; no porque la odiara, sino porque no la amaba, y no la amaba porque no la conocía. Nunca había tenido perros; de ellos no sabía más que lo que había aprendido en conversaciones con los amigos y en las páginas de algún libro; y las maravillas y ternuras que había oído ó leído, las creía más bien flores de la fantasía. No, no creía que un perro pudiese ocupar tanta parte y entrar tan en lo íntimo en la vida de un hombre. Me persuadí de ello poco á poco, viendo crecer á éste en mi casa.

Ahora bien, este sér pequeño que á ratos flanea por las habitaciones con aires de un ocioso aburrido, y á ratos anda con la prisa y el afán de un trabajador ocupadísimo, metiéndose en todos los agujeros, husmeando en todos los rincones y escrutando todas las oscuridades como un comisario de policía; que atrapa pañuelos y ovillos, y se hace perseguir con el hurto en la boca como para divertirse con nosotros; que acomete impertérrito á un hombrón y huye espantado delante de un embudo; que juguetea una hora seguida con un periódico y hace de león furioso contra una bota; que olfatea las cartas como un enamorado; que maneja los libros como un bibliómano, y escucha á las puertas como un espía...—De tí hablo, Dick, ya que has despertado y me miras... Sí: tú que respondes á una chillería mía con un gruñido, sosteniendo mi mirada, como un granuja pendenciero, y te ocultas después de una mala acción como un culpable consciente; que te vuelves á mirar-

me con gratitud cuando te pongo la mano en la cabeza, y me devuelves el beso con una lametada, y me pones la pata en la boca para que cese de lanzar el silbido que te ataca los nervios; que sigues con la mirada todos los gestos, y te vuelves á todas las voces de la conversación cuando se habla de tí, como si entendieras el sentido de las palabras, y pasas continuamente de manifestaciones de inteligencia que nos confunden, á señales de estupidez que al confrontarlas nos resultan inexplicables, y te muestras alternativamente en el trascurso de una hora, grave como un hombre, jugueteón como un niño, fiero como un animal salvaje, astuto como una mujer, prepotente como un tirano y humilde como un mendigo; tú has logrado ser para mí un objeto de curiosidad y de observación contínuas, un entretenimiento, el pensar de todo momento, que me lleva por mil caminos distintos, á otros infinitos pensamientos é imaginaciones muy apartadas de tí, las cuales relle-

nan todos los huecos por entre los cuales en el pasado solía entrarme el aburrimiento, y aprietan cada día con más fuerza los cien lazos sutilísimos pero muy firmes de nuestra amistad.

*

Sí, Dick querido. Y sabes quien fué quien me hizo sentir el primer impulso de cariño hacia tí? Fué sin quererlo, antes al contrario tratando de producir con palabras un efecto distinto, un señor con gran barba y gran título, á quien yo mandé llamar, cuando hacía un mes próximamente que estabas en casa, porque me pareció que estabas malo. Sabiendo que vivíamos juntos hacía poco tiempo, y creyendo que estaba ya aburrido de tus gracias, fué sincero: apenas te vió, me dijo:—Es bastante feillo.—Luego añadió:—Es un bastardo. Cuánto le ha costado?—Seis reales—contesté.—No los vale—replicó sonriendo. Oh pobre Dick mío! Feo,

bastardo y que ni siquiera vale seis reales! Yo sentí mucha lástima de tí, y desde aquel instante te quise bien, porque te habían ofendido, porque reconocí en tí un desheredado de la naturaleza, y pensé que en ninguna parte encontrarías acogida más que en mi casa. Feo, bastardo y pagado con exceso al precio de un kilogramo de carne! Desde entonces te ofreciste á mi vista hermoso y de pura sangre como aquellos Narcisos de tu raza á los cuales se conceden en las Exposiciones medallas de oro; y desde aquel instante, vencida la repulsión de los primeros días, comencé á cojerte en brazos, á oprimirte contra mi pecho y á sentir con placer en la palma de la mano y en el rostro la humedad fresca de tu hocico negro.

Y cómo me has recompensado! Pensar que en cincuenta años no había experimentado nunca la satisfacción de ver un perro por la calle que desde lejos corría á mi encuentro viniendo á poner las patas sobre

31000

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO BARRA"

mis rodillas como para darme un abrazo! La primera vez experimenté gozo y sorpresa á la par, como un niño; y sin darme cuenta me hizo ir á casa con el capote manchado de barro hasta la cintura.

Mi buen Dick! Poco á poco, fui luego distinguiendo la diferente expresión de tus ojos en los cuales al principio no había visto más que una sola manifestación inmutable, ó mejor, el aspecto mudo de dos cerezas negras, marcadas con un punto luminoso en medio como con una gota brillante de rocío. Reconocí en efecto paulatinamente la expresión de la curiosidad, de la impaciencia, del desengaño doloroso; la acusación de una promesa traicionada, del ruego suplicante y de la exigencia resuelta, sostenida por la conciencia de un derecho y por el temor incierto, que sospecha la burla en la amenaza y la insidia en la caricia, y de la dulzura ostentosa que espía el momento propicio para una ratería inocente.

Oh! qué bien te comprendo ahora cuando

vienes á preguntarme:—Por qué hoy no haces caso de mí? Por qué no salimos?—Por qué se tarda tanto en comer?—Tú te estás mudando para salir: me llevarás?—Quieres tener la bondad de abrirme aquella puerta?—Oh, que ruido es este que viene de la calle, tú, que todo lo sabes?—Y también cuando me dices:—Cómo puedes poner buena cara á este mal nacido, que seguramente odia los perros y que me destroncaría de una patada, si no fuese tuyo?

Ya está despierto, y se queda mirándome para ver si yo duermo.—No duermo, no; puedes quedarte, amiguito. ¿Qué tienes?—Al extender la mano para acariciarlo, con cierta viveza mueve la cabeza como para evitar un golpe, mirándome con los ojos medio cerrados y temeroso. Y por qué? Nadie le ha golpeado en la casa; ni antes de venir á ella tampoco, en los pocos días que

pasaron entre su nacimiento y el cambio de domicilio. Cómo es posible que tema un daño del cual no tiene experiencia y que ignora por completo?

No puede ser sino un terror atávico á la mano del hombre, lo que se le despertó con mi imprevisto movimiento, que no iba explicado con la mirada, como otras veces. Así es de seguro. Oh pobre Dick! Quien sabe cuantas zurras no habrán llevado tus antepasados!—Puesto que él desciende de una línea canina vulgar, de la cual quizá ni un solo individuo llegó á valer medio duro, y quizá ninguno, si llegó á extraviarse, mereció jamás el honor de un anuncio público en que se prometiera el hallazgo más mísero. Quien sabe de qué desgraciada descendencia procede de pobres bestias, apaleadas por amos crueles, apedreadas por pilluelos feroces, envenenadas por perrereros municipales, martirizadas en los laboratorios de fisiología, echadas como alimento á las fieras, ó muertas y de-

voradas por famélicos mendigos! Se podrían quizá contar por los dedos, remontrándose al siglo pasado, aquellos de sus antepasados que fueron amados como él, y quizá él represente el colmo de la fortuna de una prosapia de vagabundos, siempre hambrientos, de siervos infelices del carro y de la gleba, y de víctimas danzantes de la fiesta de saltimbanquis; y quizá sea él el único de tantos que haya conocido la dulzura del azúcar y haya sido elevado á la dignidad de una colchoneta de algodón...

Oh pobre Dick! Quien sabe si no han pasado por mis manos portamonedas y estuches, ó si quizá no me he calzado también guantes hechos con la piel de alguno de sus abuelos; y quien sabe si de alguno de estos no he leído yo las aventuras en los periódicos, en los relatos de alguno de esos crímenes en que un perro es á veces el revelador inconsciente, ó instrumento, ó episodio piadoso; y quien sabe también si entre las muchas pobres animales sin dueño que yo

ví retorcerse en las calles en medio de un círculo de curiosos, mutiladas por un carruaje ó agonizando de hambre ó de vejez, no haya existido un padre remoto de este amiguito predestinado, que más tarde había de ocupar tanto lugar en mis pensamientos, y despertar tanto carifio en mi corazón hasta el punto de preocuparme cualquier ligero malestar suyo, como si se tratara de una criaturita humana que me hubiesen confiado sus padres!

*

Pobre Dick mío, mi fiel amigo! Tú vienes todas las mañanas á darme los buenos días, como si este saludo tuviera todavía para mí algún significado; y cuando, irritado de volver á ver el sol, te rechazo, tú esperas mejor ocasión y vuelves. Tú me reconoces desde la ventana en la plaza y corres á ladrar para que me abran antes de tocar la campanilla. Tú vienes á levantarme de la

mesa cuando entra en casa algún amigo, diciéndome claramente:—Eh, deja por un momento de atormentarte el cerebro: te buscan! Y cuando un cantante importuno entona en el patio una copla alegre que me mortifica el corazón, tú, ladrándole desde la terraza para que acabe, cubres su voz y me salvas del tormento. Y cuando vuelvo de noche, apesadumbrado por haber oído ó visto alguna infamia que me ha hecho sentir odio ó repugnancia por el género humano, me consuelo encontrándome en la oscuridad apenas abro la puerta con tu bondad, con tu afecto, con tus caricias, con tu gruñido festivo. Y si cansado y medio enfermo me dejo caer en el sofá con aire insólito de abatimiento, tú, inquieto, al lamerme la mano que cuelga, me dices:—Valor! Tú sabes bien que me da pena verte así,—y si no te hago caso, saltas encima de mí y me miras fijamente á la cara hasta conmoverme.

Ah, esos tus ojos negros y fijos, cuantas cosas me dicen quizá, que yo no puedo lle-

gar á comprender! Y, probablemente, también tú observas y comprendes bastante más de lo que yo me imagino. Creo que alguna vez comprendes que yo tengo un pensamiento constante y terrible, ó que lo sospechas y te esfuerzas por adivinar cual sea, y á ratos me pasa por la cabeza una idea extraña, absurda, increíble, pero que sin embargo me ilusiona lo que dura un relámpago y me hace temblar: la idea de que tú *sepas*... Pobre Dick! Hasta tal punto tu vista se ha insinuado en la mía. Y gracias á tí vuelvo á sentir algo de aquella dulzura, no sentida hace años, que inunda nuestra alma al acariciar á los pequeños y á los débiles cuya suerte está en nuestras manos, y al hablar de nuevo el lenguaje afectuosamente infantil, á que mi boca estaba ya desacostumbrada desde que no había infancia en mi casa.

Y en las noches de insomnio, cuando huyo con igual terror de los pensamientos del pasado como de los del presente y de

los del porvenir, y de todo lo que pueda detener mi mente sobre la realidad de la vida, y me apura la necesidad de refugiarme con la fantasía fuera de la humanidad que me causa miedo, pensando en tí, encuentro refugio y detienes la vista de los espectros humanos, y entreteniéndome con tu imagen, olvido y me aquieto.

Y también tú me apareces en sueños dolorosos, siendo tú mismo causa del dolor; pero seguido de un dulce consuelo, no de un dolor más agudo, como en los otros sueños; puesto que después de haber soñado que te había perdido y de buscarte afanosamente por las calles llenas de gente de una ciudad oscura ó de estar atado y de no poder socorrer viéndote sangrar y que me llamas con los ojos moribundos bajo los golpes de desconocidos carceleros, siento un gran placer cuando al despertarme percibo tu temblor y tu amoroso gruñido contra mi cara, como si adivinaras mis sueños y vinieses á decirme en tu lenguaje:—

Aire y luz

4

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO"

Año 1938 MONTEALEY, MEXICO

No, no temas; has soñado; tu Dick está vivo y contento, desecha los tristes pensamientos, levántate y emprende tu trabajo.

*

Ahí le tenéis ahora con la cabeza erguida y las orejas tiesas, todo tembloroso, mirando fijamente con ojos dilatados á la ventana. Ha oído la voz lejana de un hermano, allá al otro lado de la plaza; la voz de su sangre que despierta en su interior el instinto de la vida errante y libre, la nostalgia de la sociedad anárquica canina, de la cual le he segregado. En tal momento, quizá él lamenta y desdeña el propio estado. Y es justo. Yo olvido lo que le he quitado cuando pienso que le he hecho un beneficio dándole lo que le dado. Pobre Dick! No, yo no soy benéfico contigo; no hago otra cosa más que darte lo que de derecho te corresponde. Yo te debo el alimento puesto que te impido que vayas á buscártelo por el mundo,

como lo hacen tus hermanos sin dueño. Te debo cuidados y caricias puesto que te he encerrado en una prisión, y te he impuesto un horario, una disciplina, un collar, un bozal, y mil sujeciones y respetos que reducen tu vida como la de un colegial vigilado y reglamentado en todos sus actos y en todos sus pasos, y hasta en sus pensamientos. Te debo en justicia la visita del médico y el baño templado y la jabonadura semanal, puesto que te condeno á respirar el humo del cigarrillo, y te privo de las carreras desenfundadas al aire libre, con las cuales no sufrirías nunca languideces de estómago, ni enfriamientos, ni indigestiones. Y como no tengo derecho á la gratitud, que tú me concedes á pesar de todo, no tengo derecho ni siquiera de echarte en cara, como lo hago frecuentemente, los que llamo tus defectos y tus errores.

Pobre Dick! Tú, después de haberme suplicado que te sacara fuera, me plantas, es cierto, en medio de la calle para irte á en-

frascar en cumplidos con el primer perrucho tífoso que te tropiezas: y yo? Cuantas veces en mi vida no he huído la compañía de académicos y senadores venerandos, con quienes me aburría, para irme á conversar con gente sin juicio y de mala fama, que me divertía! Y con qué cara te reprendo injuriosamente porque te apropias una pata de pollo sin permiso, cuando por amor á la vida tranquila, yo mismo pongo buena cara á bribones enriquecidos con el engaño y con la superchería? Y por qué me incomodo cuando ladras al oír la campanilla, cuando escucho con santa paciencia á tanto fastidioso que no hace menos ruido que tú, y no dicen ni más ni mejor que tú? Y por qué me causas repugnancia cuando veo que vas á meter el hocico en algo sucio, á mí que he leído con deleite infinitas porquerías impresas, y que aprieto la mano alegremente á tantos puercos que no viven de otra cosa? Y cómo me atrevo á quejarme... Ah, es una vergüenza, Dick querido. Mira qué

vil mendigo es el hombre á veces. Yo he ido de mala gana á pagar el impuesto perruno al Municipio, como si no fuera una fortuna inmerecida, un contrato de oro sin duda, el tener un amigo bueno, fiel, seguro como tú, por la miseria de veinte pesetas!

*

Qué quieres ahora, para qué urgas con tus patas en mis piernas, mirando á la puerta y á mí con esos ojos suplicantes?

Ya entiendo. Ardes en curiosidad; quieres ir á ver quien ha entrado. Vete, charlatán! Pero no me hagas el acostumbrado escándalo de matasiete, como si á mi casa no vinieran más que ladrones.

Pobre Dick! Aunque no me tuviera tanto cariño y no me dijera tantas cosas con los ojos, le querría bien por el agradable entretenimiento que me produce con aquella variedad infinita de actitudes y de movimientos, que antes no había observado nunca en los animales de su familia. Es tan gracioso

cuando de pronto se para con una pierna doblada y sostenida, y con la cabeza inclinada á un lado, como si le sobrecogiera una duda imprevista, y cuando caracolea y trota con las elegancias graciosas de un potrillo minúsculo, ó cuando está sentado delante del fuego con las patas de adelante juntas, el pecho blanco saliente y la cabeza erguida, como un vanidoso delante de la máquina fotográfica. Hay algo de cómico en alguna de sus maneras de estar y de moverse; y me parece ver en ellas una caricatura intencionada de algunas posturas y movimientos humanos.

Cuando se adormila estando sentado, bajando la cabeza lentamente y elevándola de golpe para reclinarla otra vez muy despacio, me recuerda á muchos oyentes de conferencias científicas, que para que no les descubran, dan á aquélla lenta oscilación del cráneo la apariencia de una aprobación continua ante la elocuencia que les atormenta.

Cuando anda como ladeado, con aquel torcimiento del cuerpo tan bufo, que no puedo mirarlo nunca sin sonreír, vuelvo á ver con el pensamiento á ciertos viejos soldados achacosos de la antigua milicia nacional, que andaban torcidos de aquella suerte, cuando iban á salvar á Italia en la plaza de armas con el inocente fusil al hombro.

Cuando se recoge sobre sí como una pelota, con el hocico sobre el polo antártico, sin enseñar más que un ojo entreabierto, con el cual sigue todos mis movimientos por la habitación, me trae á la mente ciertos viejos maridos acurrucados en el rincón de un wagon, los cuales, queriendo dormir y no fiándose, vigilan con una pupila soñolienta á la joven mujer despiertísima, que tiene sentado en frente un joven viajero sospechoso. ¿Y no reproduce la imagen del espectáculo ameno y lastimoso que da el hombre de su propia imbecilidad, prorumpiendo en amenazadoras injurias con-

tra sí mismo cuando comete un gran despropósito, al ver cómo se arquea y gira como una rueda, rechinando los dientes y mordiéndose el rabo, como si fuera apéndice de un enemigo?

Y cuando se pone de pie sobre las patas de atrás como un fante, postergando su dignidad de cuadrúpedo y sin advertir la hilaridad que provoca, para alcanzar un pedazo de pan que le ponemos alto sobre su cabeza, no nos da la idea exacta del candidato político, que prostituye su dignidad de bípedo poniéndose á cuatro pies ante el gran elector que le ofrece su voto?

Y el bostezo profundo y sonoro que acaba en un lamento, con el cual corta por la mitad á veces la conversaci3n de un visitante fastidioso, forzosamente me hace pensar en el bostezo ingenuamente sincero con que los niños exhalan su aburrimiento de ciertas conversaciones estúpidas de sal3n, que á todos hacen reír á hurtadillas precisamente porque expresan el sentimiento

y aun el sentido común, con una franqueza prohibida á los grandes por el código de la buena educaci3n.

Y aquellas orejas! Aquellas dos grandes orejas, que ora se ensanchan como pabellones de trompa, ora se pliegan como hojas mustias de lechuga, y ora se abren una hacia un lado y otra hacia otro, representando el estado de ánimo del que escucha á dos adversarios que hablan á la vez, con el intento de sacar provecho de ambos y sin dar la raz3n á ninguno. Ah! aquellas dos orejas tan amplias, tan ágiles y delicadas, que recojen al mismo tiempo cien sonidos próximos y remotos imperceptibles al oído humano, cuantos astutos embrollones las quisieran para sí! También aquellas dos manchas oscuras que rompen la blancura de su pelo, como dos manchas de café sobre blanquísimo mantel, me recuerdan los chafarrinones de colores estridentes que llevan en la espalda los payasos en los circos para hacer reír al pueblo; aquellos dos

sellos que parecen puestos por la naturaleza por burla á través del lomo y en la punta del rabo, me suscitan siempre no sé qué risa de muchacho, tonta y serena, cuando pienso que él no sabe que los tiene, y que el niño del portero se quedó muy maravillado al ver que no desaparecieron el día que le bañamos en presencia suya...

*

Aquí le tenemos ya otra vez, de vuelta de la expedición, acurrucado sobre su canape literario. Estáte algo tranquilo ahora, que voy á hacerte una confidencia filosófica, querido Dick. Si tú supieras que curiosidad me pica, y me hace pensar horas enteras, de penetrar con la mente en tu cerebro para saber qué es lo que comprendes y qué lo que no comprendes, y cuales sean los confines de esta inteligencia que se agranda y se empequeñece en mi concepto continuamente, como un objeto que se acerca ó

se aleja de la vista, y qué embriones y sombras de ideas te despiertan el espectáculo del mundo y nuestro aspecto, y los hechos y los sonidos que salen de nuestra boca! Si supieras cuanto trabajo con mi pensamiento para medir la distancia que hay entre nosotros, y descubrir tu oculta naturaleza, y la de los lazos que nos unen y la de las barreras que nos separan! Si supieras qué misterio atractivo y solemne se encierra para mí en esta tu cabecita que tengo entre mis dedos como una naranja, en esa mirada tan sencilla y tan oscura á un tiempo, en la cual creo á veces descubrir destellos de pensamientos humanos; el esfuerzo de la palabra que no puede salir, el pesar del silencio forzado, y casi el afán de un alma encerrada en una prisión de huesos y de carne, que sufriendo la mutilación de facultades antiguas guarde de ellas confusa reminiscencia! Si supieras cómo me atormenta de cuando en cuando el pensamiento de que de todo esto no llegaré á

saber nunca nada, que nadie sabrá nada, y que podríamos vivir juntos siglos enteros sin lograr dar el más pequeño paso hacia adelante en el conocimiento de lo íntimo de tu sér, y del concepto que tú tienes del hombre y de las cosas!

Pero, tú eres más afortunado que yo, que no puedes atormentar tu cerebro con estos enigmas, y eres bueno sin saberlo, y amas sin pensar, y vives por vivir, ignorando la desgracia y la muerte...

*

La muerte. Aquí tienes un pensamiento que nunca me había ocurrido con respecto á tí. Ven acá, Dick. Ponte derecho, ponme las patas en mis manos; y mirémonos en los ojos, para tratar de entendernos mejor.

Qué será de nosotros, mi querido Dick? ¿Estaremos mucho tiempo juntos? Cuál de los dos será el que deje primero al otro?

Ciertamente no quisiera que fueras tú.

Oh! y por muchas razones... Mas si fueras tú, si estoy destinado á verte envejecer y morir, está seguro que gozarás una vejez respetada y tranquila, mi pobre amigo; que no buscaremos á ningún hermano tuyo para que nos quiera cuando no puedas tú hacerlo, que tú serás el único objeto de nuestros desvelos en esta casa donde tú fuiste el primero que hizo reaparecer la sonrisa, y donde serás por tantos años el solo convivente consolador; y que si un golpe del temporal me arrojase al arroyo, dividiría mi pan contigo, y trabajaría hasta extinguirse el último resto de mis fuerzas, aun cuando no tuviera otra obligación, para dulcificar tus últimos días. Mi bueno y querido Dick! Tú podrás perder la vista, los dientes, la voz y reducirte á un pobre cuerpo inmóvil, sin otra vida más que para el sufrimiento; mas no perderás mi gratitud y mis caricias nunca, y tu cuerpo muerto no irá á la tierra sin lágrimas, y tu memoria será para mí dulce y querida mientras lleve

clavado en mi corazón el puñal que me ha traspasado sin matarme.

Otra vez se estremece de pies á cabeza porque ha oído lejos una voz fraternal, y se esfuerza por largarse. Pobrecillo, tiene razón. Se aburre. Mas es su destino. Ayl del que cae en manos de un conferenciante, aun cuando sea un perro.

—...Y si yo soy el primero en irme—oye esto todavía, querido Dick—si yo soy el primero ¿te acordarás de mí cuando no me veas más, cuando sólo te quede el amo joven? Te acordarás alguna vez del amo viejo, que te ha querido tanto; irás aun á buscarlo de cuando en cuando á aquella mesita donde él ha interrumpido tantas veces su trabajo para cojerte en brazos, y sobre aquella almohada donde vienes hoy todos los días á saludarle y donde contestándote al saludo, él ha estrechado tu cabeza contra su mejilla, bañada en lágrimas por un sueño desesperado? Y me reclamarás alguna vez á la memoria del joven dueño, cuando

lo veas pensativo y triste, y le harás reír, y le exhortarás á que salga, que vaya en busca de sus amigos, que te lleve al campo con él, á recobrar al aire libre el amor á la vida y al trabajo? ¿Te acordarás? Harás todo esto, buen Dich, fiel amigo mío, querido consuelo de mi soledad y de mis aficciones?

Ah, tu mirada fija y brillante me responde que sí, tu lengua que busca mi cara me dice más que si hablara, y tu cola agitada lo promete. Y yo te lo agradezco. Ahora, vete.—Han llamado.—Sé quien es.—Es un señor que viene á leerme un manuscrito.— ¡Ládrale!
